

CENTROAMERICA:

Las Malvinas, colapso de las estrategias del imperio

ARTURO GUERRERO

Hasta que el pasado dos de abril la crisis de las Islas Malvinas concentró la atención de la prensa mundial, la situación de Centroamérica en el primer trimestre de 1982 había estado signada por la celebración de elecciones generales en casi todos los países, de la misma manera que el segundo semestre del año pasado estuvo caracterizado por la reunión de varios foros internacionales en torno a la solución para la guerra salvadoreña, para la peregriación guatemalteca y para el supuesto totalitarismo del gobierno sandinista en Nicaragua.

Tanto las elecciones como los foros cumplieron el papel de paliar las acciones militares que en Salvador y Guatemala sufrieron escaladas impresionantes y en Nicaragua cobraron tintes de enfrentamiento entre las grandes potencias al verse la joven revolución amenazada por una invasión norteamericana.

En Costa Rica, entretanto, hasta el momento considerado el país baluarte de la democracia formal en el subcontinente, la crisis económica tocaba fondo con una impresionante tasa de devaluación del 400 por ciento en un año y medio. Honduras, la más atrasada de las naciones centroamericanas se perfilaba, como un posible bastión militar y político de Estados Unidos en una región donde cada año, desde 1979, un país se escapa a la esfera de influencia occidental. Curiosamente Panamá, siendo en plenitud un país centroamericano ha sido puesto en un lugar aparte por los analistas políticos, que consideran que con los tratados del Canal

y con la muerte del general Torrijos los panameños han pasado ya su "cuarto de hora revolucionario" por lo menos hasta el año dos mil.

De manera que Centroamérica, desde el punto de vista de la actual geopolítica acuñada por la prensa mundial o inclusive por los altos dignatarios de los organismos mundiales, se reduce a cinco países: Nicaragua sandinista y para muchos perdidamente procomunista, Salvador al borde de seguir los pasos de la anterior al compás de la teoría del dominó, Guatemala cocinándose para ser la tercera Nicaragua o la cuarta Cuba, Honduras la menor y más apta para armarla como gendarme de la civilización cristiana en la zona, y Costa Rica que de rica no tiene sino el nombre y cuya debilidad militar puede arrastrarla fatalmente en medio del vendaval que convulsiona a sus vecinos. La pequeña Belice, estrenando independencia, está más preocupada por conformarse internamente como nación, de manera que todavía no cumple un papel digno de destacarse en el concierto internacional.

DEL CARIBE AL ATLANTICO SUR

Las crisis latinoamericanas de los últimos años tienen nombre de mar. Centroamérica se asocia siempre con el Caribe, cuyas aguas tocan a todos los países, con excepción de El Salvador. De ahí que los foros internacionales han adoptado como concepto de región y han metido en un mismo saco a Centroamérica y a la cuenca de El Caribe.

Pues bien, desde 1978, año en que comenzó a tambalear la dictadura de Somoza y particularmente, desde el 13 de marzo de 1979, fecha en que Maurice Bishop se tomó el poder en la Isla de Granada para instaurar un modelo de gobierno cercano al de Fidel Castro, la zona de El Caribe se constituyó en el centro de la atención continental y, guardadas las proporciones, también mundial. Los sucesos de la victoria sandinista, el desangre de El Salvador y Guatemala, los procesos electorales y la disputa entre las superpotencias por la soberanía de El Caribe, estuvieron presentes en la primera plana de los diarios del mundo.

El dos de abril pasado todo esto cambió. Las agencias internacionales de noticias desplazaron a sus enviados especiales de Centroamérica a la Argentina, las heladas Islas Malvinas se volvieron más importantes que las tórridas islas antillanas y los protagonistas

del conflicto fueron otros. El lugar del mar Caribe lo ocupó ahora el Atlántico Sur y las batallas de las ardientes montañas con fusiles "fal" y mortero se cambiaron por combates de película entre aviones y buques del futuro por una causa del pasado, que llevó a García Márquez a bautizar las acciones entre Argentina e Inglaterra con el nombre de "guerra de naftalina".

Un mes y medio después de este cambio, el mundo está enteradísimo de lo que sucede en el Atlántico Sur, pero se ha olvidado de lo que sucede en El Caribe y los estrategas en información de las grandes agencias de noticias piensan que como ya no se volvió a hablar de Centroamérica, no está pasando nada en Centroamérica. Otro y muy diferente es, en cambio, el pensamiento de los combatientes y de los propios gobiernos de los cinco países centroamericanos.

Centroamérica no sólo no se ha quedado quieta, sino que su movimiento ha sido afectado por los sucesos de las Malvinas. ¿En qué forma?

En primer lugar Argentina, que era el país puntal de una posible fuerza militar de intervención en Centroamérica, ha tenido que concentrar todas sus unidades y sus equipos bélicos al servicio de su propia guerra. Y apenas 20 días antes de la toma de las Malvinas por los argentinos, el periódico New York Times, en su edición del 11 de marzo, había informado que Venezuela y Argentina estaban organizando comandos paramilitares para entrar a Centroamérica. La emisora de la guerrilla salvadoreña, Radio Vencemos, había ya anunciado la muerte en combate, de militares argentinos que asesoraban a sus colegas del ejército defensor de la Junta de Gobierno. Conspiradores antigobiernistas descubiertos y capturados en Nicaragua confesaron luego ante cámaras de televisión sus viajes a Caracas y a Buenos Aires, capitales éstas donde oficiales de los ejércitos nacionales les ayudaron con dinero, armas y asesoría técnica.

El llamado del Atlántico Sur ha hecho desbaratar la preparación de invasores, ha devuelto a su patria a los asesores en Centroamérica y ha hecho retirar las ayudas a los conspiradores. Y esto no solamente en el caso de Argentina, sino también, aunque en menor medida, de Venezuela, cuyo presidente —posesionado casualmente la exacta víspera del golpe revolucionario en Granada— prometió ayuda a la parte argentina en combustible para aviones de

guerra e inclusive en efectivos militares.

Si esto sucede en la parte militar, en la diplomática los cambios son igualmente importantes. Estados Unidos se quedó solo en la Organización de Estados Americanos cuando las votaciones decidieron acompañar a Argentina en su disputa con Inglaterra. Ninguno de sus socios del grupo de Nassau para ayuda al Caribe votó con él, a excepción de la inefable Colombia. Ninguno de los miembros de la Comunidad Democrática Centroamericana secundó a Estados Unidos. El canciller de la otrora aliada Argentina, Nicanor Costa Méndez llegó a plantear que de ahora en adelante las relaciones de Norteamérica con América Latina no podrían ser las mismas y que esta nueva situación tendría que traducirse en el seno de los instrumentos reglamentarios de la OEA y por consiguiente del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, TIAR.

Este tratado, el TIAR, quedó también tendido en el campo de batalla del Atlántico Sur, puesto que su principal aportante, impulsor y protagonista, Estados Unidos, se opuso a su aplicación con argumentos peregrinos que en última instancia pusieron de relieve la asociación histórica, económica y política de esta potencia con las subpotencias europeas. Al desautorizar Estados Unidos la aplicación del TIAR en el caso de la agresión a Argentina, quedó desautorizada ipso facto su aplicación en Centroamérica. Y resulta que los asesores del presidente Reagan y los congresistas del ya célebre Grupo Santa Fe, consejeros del presidente norteamericano en lo tocante a América Latina, habían centrado su estrategia definitiva de desmonte del gobierno sandinista y de derrota de las guerrillas salvadoreña y guatemalteca precisamente en la invocación del TIAR y en la consiguiente conformación de una fuerza interamericana de paz para intervenir en esos países. Además, como ya se vio, el país clave para la vertebración de esta fuerza era nada menos que Argentina.

¿Con qué cara el presidente Reagan o el secretario Haig pueden después de las Malvinas volver a referirse al TIAR para justificar una expedición militar en Centroamérica bajo el manto protector y santificador de la OEA?

LAS ELECCIONES ¿PARA QUE?

Muy difícil le va a quedar a Estados Unidos continuar ahora con la

línea estratégica que, según los expertos en la materia, se propuso seguir al patrocinar e impulsar los diferentes procesos eleccionarios que tuvieron lugar en el primer trimestre de este año. Según el ex-canciller colombiano, Alfredo Vásquez Carrizosa, esta estrategia consistía en sostener a toda costa los comicios generales, así éstos fueran a todas luces fraudulentos, para reemplazar los diversos regímenes de factores existentes en la zona —Romeo Lucas García en Guatemala, Napoleón Duarte y su junta en El Salvador, Policarpo Paz García en Honduras— por gobiernos publicitadamente democráticos, que una vez instalados, así fuera bajo la completa tutela de las fuerzas militares financiadas y asesoradas obviamente desde Estados Unidos, entrarían a pedir la ayuda de la comunidad continental en la forma de la fuerza de intervención contemplada en las cláusulas del TIAR, para con ella poder destruir la guerrilla y la guerra popular.

Esta concepción de mediano plazo, que podría haber comenzado a funcionar en su forma definitiva precisamente a partir del mes de abril, era prácticamente la única salida que le quedaba a Estados Unidos, ante la inminente pérdida de su "patio de enfrente", como llamó Haig a Centroamérica.

En efecto, la realidad de la guerra revolucionaria y las declaraciones de los diversos sectores implicados llevaban a sacar semejante conclusión. Según el diario *Le Monde*, en enero de este año los guerrilleros farabundistas controlaban una cuarta parte del territorio salvadoreño. Otras fuentes precisan que esta guerrilla controla el 30 por ciento del territorio y el 20 por ciento de la población, con operaciones en 13 de las 14 provincias del país. De otra parte la revista *Time* informó el pasado 25 de enero que el número de guerrilleros en Guatemala asciende a tres mil, a los que hay que sumar treinta mil reservistas no entrenados. Los cuatro grupos guerrilleros guatemaltecos, que se unificaron en enero de 1982 mantienen acciones militares en 19 de los 22 departamentos del país.

Preocupado ante la realidad de estas cifras y ante la dinámica de los acontecimientos, el presidente salvadoreño Napoleón Duarte manifestó el pasado 15 de febrero que "estamos perdiendo la guerra contra los guerrilleros en el campo". Y dos días después el periódico número uno del mundo, el *New York Times*, refiriéndose al gobierno de El Salvador expresó "dudas de que pueda ser posible una victoria militar sin tropas de infantería de otros países".

Por su parte, el secretario de Estado Alexander Haig, en una intervención del dos de febrero ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado Norteamericano afirmó sin ambages algo que todo el mundo sabía: "Estados Unidos hará lo que sea necesario para salvar la junta salvadoreña. Estamos considerando toda una gama de opciones políticas, económicas y de seguridad (léase "militares") en respuesta a la intervención cubana en el hemisferio". Cuando le preguntaron que si las opciones incluían la utilización de tropas, Haig reafirmó lo que todavía algunos dudaban: "Nosotros no hemos descartado nada, ni vamos a descartar nada de antemano ante una situación muy dinámica". Idénticas declaraciones rindió en los mismos días y ante otros comités del congreso el secretario de Estado adjunto para asuntos interamericanos, Thomas Enders. Más claro no canta un gallo.

Lo que con casi absoluta seguridad nunca llegó a imaginar en ese momento el señor Haig, fue que esa situación "muy dinámica" a la que se refería, iba a ser tan dinámica que exactamente dos meses después de pronunciadas sus palabras las contradicciones de la historia acelerarían frenéticamente ese dinamismo hasta poner las condiciones que harían imposible cumplir esas palabras. Esas condiciones del todo nuevas, serían los incidentes de las Malvinas y la imposibilidad de cumplir las promesas estribaría en los cambios militares, políticos y diplomáticos que a nivel de América se han producido desde que el escenario del conflicto cambió de El Caribe hacia el Atlántico Sur.

LA DEFENSA DEL "MARE NOSTRUM"

De resultar cierta la estrategia implícita en la oleada de elecciones de este trimestre —comenzó Honduras un mes antes eligiendo el 29 de noviembre al liberal Roberto Suazo Córdova, siguió Costa Rica eligiendo en febrero al social demócrata Luis Alberto Monge, vino luego Guatemala eligiendo el 7 de marzo al general continuista Aníbal Guevara derrocado 15 días después por un triunvirato encabezado por el general Efraín Ríos Montt, y terminó El Salvador el 28 de marzo con comicios para una Asamblea Constituyente que un mes después designó al democristiano independiente Alvaro Magaña como presidente provisional— de ser cierta esa estrategia, resultaría entonces evidente que tanto el objetivo electoral como obviamente el objetivo militar de Estados Unidos en Centro-

américa, tienen como desembocadura final la guerra, la salida violenta, la solución del conflicto no por las vías democráticas y pacíficas, como tanto se predica, sino por la contundencia seca de las armas.

Y al servicio de esta política se han puesto a funcionar fundamentalmente los recursos financieros norteamericanos. Tres cuartas partes de la asistencia económica de Estados Unidos para América Latina en 1982 fueron a los países de Centroamérica y El Caribe. El 24 de febrero pasado el presidente Reagan anunció la ampliación de esta ayuda en 410 millones de dólares, de los cuales el 15 por ciento para asistencia militar. El congreso había aprobado ya otros 584 millones. El caso de El Salvador es ilustrativo en cuanto al ascenso continuo de este flujo de dinero. En 1981 la ayuda para este país fue de 149 millones, en 1982 de 224, de los cuales 81 en asistencia militar, y para 1983 se sabe que Reagan pedirá al congreso 300 millones. A estos fondos hay que agregar otros especiales y no controlados por el congreso, como los 55 millones que el presidente norteamericano proporcionó al gobierno de El Salvador para reemplazar la mitad de su fuerza aérea después de que los guerrilleros del Frente Farabundo Martí volaron en espectacular acción el 27 de enero pasado todos los aparatos aéreos ofensivos parqueados en el aeropuerto militar de Ilopango, cercano a San Salvador.

El caso de las fuerzas armadas guatemaltecas es ilustrativo del resultado de la asistencia militar. Guatemala tiene el mejor ejército de la zona, el cual, dicho sea de paso, es responsable de cerca de 80.000 muertes en la época corrida entre 1956 y 1977, cuando recibió 22 millones y medio de dólares en ayuda militar de Estados Unidos. Cuando el presidente Carter, en el marco de su política de defensa de los derechos humanos resolvió cortar esta ayuda militar, Israel tomó el lugar de los norteamericanos y los guatemaltecos siguieron recibiendo armas y dinero. Hasta el presente esta asistencia militar a Guatemala ha sido 3 veces más grande que la dada a Honduras y 10 veces más que la dada a El Salvador. Los efectivos del ejército son 15.000, la policía tiene 8.000 hombres, la reserva militar consta de 7.000 hombres y hay además 10.000 comisionados militares, para un gran total de 40.000 unidades.

Aunque aparentemente el porcentaje de la ayuda militar en relación con el total de dineros de la asistencia norteamericana es bajo, el destino final de la totalidad de los fondos es indirectamente

militar. En efecto, el propio presidente Reagan, cuando habla de la ayuda económica se refiere a una política de "sostener planes de desarrollo, como clave de las políticas de seguridad y de estabilidad". Ya se sabe que en el idioma oblicuo de los gobernantes americanos, cuando hablan de "seguridad" se están refiriendo a los asuntos de la guerra.

El lenguaje de los funcionarios, cuando se refieren al planteamiento estratégico en la zona, es indudablemente un lenguaje militar. En la citada intervención de Thomas Enders ante el congreso, el secretario de Estado adjunto planteó de la siguiente manera los motivos que tiene su país para defender a Centroamérica: "No cabe duda de que la batalla decisiva por Centroamérica se está librando en El Salvador. Si después de Nicaragua, El Salvador fuese capturado por una minoría violenta, ¿quién en Centroamérica no tendría miedo? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los intereses estratégicos de Estados Unidos —el canal de Panamá, vías marítimas, abastecimientos de petróleo— se vieran amenazados?". Como se ve, es la versión moderna del derecho a la defensa del "mare nostrum", y de una defensa, obviamente, bélica.

En esta tarea estratégica no valen los escrúpulos. Si para lograr la aprobación de gruesas sumas de asistencia hay que afirmar que los genocidas son unos santos, pues se afirma, como lo hizo el presidente Reagan el pasado 28 de enero, cuando para cumplir con una de las condiciones de la aprobación de la ayuda dijo, sin parpadear, que la junta salvadoreña "ha progresado" en el respeto por los derechos humanos. A Reagan no le importó que en esos días estuviera circulando un informe de 275 páginas hecho por la Unión de Libertades Civiles Norteamericana, ACLU, y el Comité de Vigilancia de las Américas, según el cual esa dichosa junta de gobierno era responsable de 12.500 asesinatos únicamente en el año 1981.

NICARAGUA: EL FOCO DE INFECCION

Ni la política de las elecciones, ni la de la asistencia, ni mucho menos la de la ayuda militar ha podido ser aplicada en el país considerado como foco de la infección revolucionaria en el área centroamericana, Nicaragua. Con la nación de Sandino las políticas han tenido que ser diferentes, porque el gobierno y la población se escaparon ya en forma radical de la esfera de influencia norteamericana.

En sendas entrevistas de prensa dos importantes dirigentes sandinistas definieron lo que a su juicio es en este momento el peligro más grave para la estabilidad de su país. Bayardo Arce, a propósito de interrogantes acerca de las campañas antisandinistas hechas por los empresarios nicaragüenses, aclaró que "la contradicción principal de Nicaragua es el plano externo y no con el sector empresarial". Y Daniel Ortega, en declaraciones al periodista Heinz Dieterich manifestó que "más que los ataques económicos, políticos y paramilitares que sufre la revolución, la campaña de prensa es el principal instrumento para generar condiciones favorables a la agresión externa".

Las apreciaciones de los líderes nicaragüenses coinciden con lo que parece ser la estrategia particular de Washington para el caso de este país, que es ya radicalmente diferente a los demás de la zona centroamericana. Cuando los nicaragüenses celebraron la finalización de la campaña de alfabetización en agosto de 1980, con una gran concentración de cerca de medio millón de personas, el Frente Sandinista anunció que, en contra de los reclamos de los sectores derechistas sobre la realización próxima de elecciones, se había resuelto concentrar todas las fuerzas de la nación en la reconstrucción de la economía y que únicamente en 1985 se convocaría a comicios generales. Esta decisión rotunda hizo perder a los estrategas internos y externos la carta electoral, que en cambio sí jugaron en los países vecinos. La ayuda económica estadounidense, si bien no se ha negado de plano, ha sido recortada y suministrada con cuenta gotas debido a la acción torpedeante de los sectores derechistas del congreso norteamericano. Segunda carta perdida con Nicaragua.

Ante la imposibilidad de utilizar estas dos cartas, que han sido eficaces en los demás países, Estados Unidos optó por el atajo militar a mediano plazo, pero justificado esta vez por una gran campaña internacional de desprestigio al joven régimen revolucionario. Fue así como poco a poco, utilizando diferentes medios de presión, logró que los sandinistas elevaran la militarización del país, aun a costa del nivel de conciencia revolucionaria de muchos sectores de la población; que suprimieran algunas libertades individuales, especialmente en lo relacionado con la prensa; y que estrecharan su alianza con Cuba y con la Unión Soviética. Cualquiera de estos tres factores serviría para justificar una intervención externa, y con mayor razón todos ellos juntos y adicionados con otro tal vez peor, como el hecho de señalar a los sandinistas

como exportadores de su revolución y como auxiliares de la guerrilla salvadoreña en armas y en hombres.

¿Cómo se fue tejiendo la red que poco a poco envolvió al gobierno nicaragüense hasta volverlo potencialmente apto para una intervención externa?

En primer lugar hubo presión económica mediante el freno a las líneas de crédito necesarias para la reconstrucción del país devastado por la guerra y por medio siglo de somocismo. El 9 de septiembre de 1981 el gobierno tuvo que decretar un estado de emergencia económico y social, en vista de la difícil coyuntura. Ante la presión de los sectores de empresarios de derecha que pedían libertades políticas, el 18 de noviembre de ese año una comisión del Frente Sandinista presentó en el Consejo de Estado un anteproyecto de ley para regular la actividad de los partidos políticos. Además del FSLN hay 10 partidos vigentes en Nicaragua. Cinco de centro derecha agrupados en la llamada Coordinadora Democrática y liderados por Alfonso Robelo, tres aliados del Frente Sandinista en un Frente Patriótico Revolucionario y dos marxistas con posiciones divergentes de las del sandinismo. El anteproyecto de ley, que fue considerado como una medida para institucionalizar la revolución, planteaba que el FSLN era el conductor del proceso nicaragüense y señalaba los derechos de los demás partidos. En su momento fue considerado como una medida antiinversionista porque por su carácter democrático desmontaba la acusación de totalitarismo que había agenciado la campaña de prensa internacional contra el sandinismo.

Dos días antes de la presentación de este anteproyecto, el jefe de la CIA, William Basey presentaba ante el Consejo de Seguridad de Estados Unidos un plan de agresión contra Nicaragua, que fue descubierto el 14 de febrero de este año por el periódico Washington Post. El plan consistía en la aprobación por parte del gobierno de Reagan de un presupuesto de 19 millones de dólares destinado a operativos militares secretos en el interior de Nicaragua. Para cumplir este plan la CIA prepararía militarmente a 500 latinoamericanos en la frontera con Honduras. Simultáneamente con la propuesta del jefe de la CIA, los indios Miskitos fueron atacados en la costa atlántica nicaragüense con un saldo de 90 muertos y una amenaza posterior de inseguridad para estas comunidades.

A los pocos días el secretario de Estado Haig presentó unas foto-

grafías aparecidas en el periódico francés *Le Figaro*, que supuestamente correspondían a escenas de genocidio cometido contra los miskitos por soldados sandinistas. Las pruebas de Haig no duraron mucho porque muy pronto se descubrió que las fotografías eran de 1978 y mostraban aspectos de las matanzas de la guardia nacional de Somoza contra la población. El 9 de marzo surgieron otras "pruebas" contra Nicaragua. El gobierno norteamericano mostró fotografías tomadas desde aviones espías sobre el territorio nicaragüense y pretendió concluir de ellas la existencia de poderosas instalaciones militares con toda clase de equipo bélico de origen soviético. En realidad, las gráficas mostraban cuarteles militares comunes y corrientes sin nada de espectacularidad. En cambio, el despliegue que se le hizo a las fotos sirvió para que Nicaragua acusara a Estados Unidos de espionaje y de violación del espacio aéreo soberano. El asunto de los aviones vino a unirse a otro de peor especie, reconocido por el propio Pentágono, según el cual un acorazado de la marina de guerra norteamericana estaba estacionado en el Golfo de Fonseca desde hacía dos meses. Los suspicaces nicaragüenses concluyeron que el buque no estaba cumpliendo solamente labor de espionaje, sino que su presencia obedecía a fines militares más directos.

En el mismo mes de febrero el gobierno sandinista resolvió trasladar a 8.500 indios miskitos de 20 aldeas a lugares más protegidos de las agresiones desde territorio hondureño. El caso fue denunciado por la prensa norteamericana como violatorio de los derechos humanos y algunos líderes indígenas hicieron declaraciones contra el gobierno nicaragüense.

El 15 de marzo la situación llegó a un clímax. Dos puentes, cercanos a la frontera hondureña fueron volados, se produjeron también ataques a dos naves pesqueras y tres soldados sandinistas resultaron muertos tras un choque con una banda contrarrevolucionaria. Entonces el gobierno impuso el estado de emergencia por 30 días prorrogables, censuró la prensa y aumentó la militarización de la población. El país estaba exacerbado porque recientemente se había desvelado un complot para volar la principal refinería y una fábrica de cemento. Además una bomba colocada en el aeropuerto Augusto César Sandino, de Managua, había matado a tres personas. En manifestaciones callejeras el día de la emergencia la multitud gritaba: "ya era hora" y "lo estábamos esperando". E inclusive el propio jefe opositor derechista, Alfonso Robelo, reconoció la justeza de las medidas ante el inminente peligro para el país.

La población fue entonces organizada en la construcción de trincheras y de refugios antibombas.

Nicaragua en pie de guerra solicitó el 19 de marzo una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de la ONU ante "la inminente invasión". El canciller Miguel D'Escoto, al anunciar la petición declaró en Managua que "ya no decimos que una invasión es posible, ni hasta probable, sino que estamos convencidos de que la decisión se ha tomado y sólo esperan un momento propicio".

Mientras se hacían los correspondientes preparativos pasaron dos semanas hasta que el viernes dos de abril, exactamente quince días después del también viernes 19 de marzo, el ejército argentino, en una acción sorpresiva e impredecible, puso sus botas en Puerto Stanley, la capital malvinense y la situación de Latinoamérica dio un bote de 180 grados. Los focos se volvieron del norte del continente al extremo sur y la guerra cambió de mar. El lugar del mar Caribe lo ocupó ahora el Atlántico Sur y los estrategas en información de las grandes agencias de noticias pensaron que como ya no se volvió a hablar de Centroamérica, no está pasando nada en Centroamérica. . . !

ARTURO GUERRERO. Periodista, comentarista internacional, colaborador de Nueva Frontera y El Tiempo.